

MONTONEROS: ENTRE PERÓN Y LA VANGUARDIA. UNA EXPERIENCIA GUERRILLERA PERONISTA

MONTONEROS: BETWEEN PERÓN AND THE AVANT-GARDE. A PERONIST GUERRILLA EXPERIENCE

GONZALO SEGOVIA

Instituto Argentino de Estudios Constitucionales y Políticos
(Mendoza)

RESUMEN. La organización político-militar Montoneros ocupó un lugar central en el panorama de las guerrillas argentinas de los años 60 y 70, fundamentalmente por su polémica inclusión dentro del Movimiento Peronista. De raíces en gran medida católicas y nacionalistas, vieron en el peronismo la identidad política que les permitió desarrollar su teoría marxista-leninista de la guerra nacional, popular y prolongada como medio de llegar al socialismo.

PALABRAS CLAVE. Montoneros. Guerra revolucionaria. Guerrilla. Peronismo. Marxismo-leninismo.

ABSTRACT. The political-military organization Montoneros was at the heart of the scene of the Argentinian guerrillas in the 60s and 70s, especially because of their polemic situation within the Peronist Movement. With roots

mainly in catholic and nationalist traditions, they considered Peronism as the political identity that would allow them to develop their Marxist-Leninist theory of national, popular and prolonged war as the means to achieve a socialist society.

KEY WORDS. Montoneros. Revolutionary war. Guerrilla warfare. Peronism. Marxism-Leninism.

1. Introducción

En un trabajo anterior, dedicado a las ideas del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), describimos las condiciones históricas que favorecieron el surgimiento en la Argentina de organizaciones político-militares, también llamadas guerrilleras, que postularon la conquista revolucionaria del poder para la instauración del socialismo. El presente trabajo se centrará en Montoneros, organización armada que, a pesar de las diferencias programáticas respecto del PRT-ERP, comparte con aquella la particularidad de haber sido probablemente las dos guerrillas más grandes e influyentes del continente¹.

En términos generales, podemos afirmar que la importancia e interés intelectual de Montoneros radica en su entroncamiento con la tradición política peronista y, en consecuencia, su vinculación polémica con algunas líneas de la historia argentina. A diferencia del PRT-ERP, que por su ortodoxia marxista-leninista mostraba una más problemática ligazón con la historia argentina, Montoneros elaboró un pensamiento político menos rígido intelectualmente, con peculiaridades locales, que pretendió y por momentos logró una más natural adaptación a las evoluciones del peronismo de las décadas del 60 y 70 y de allí reclamar su lugar en el decurso histórico argentino. A lo largo de este estudio desarrollaremos estos puntos. El objetivo de este trabajo es ahondar en la ideología de Montoneros, más que

1. Carlos CASTAÑEDA reconoce esta influencia continental, pero aclara que sobrepasó «el peso auténtico que tenía en su propio país». (*La utopía desarmada*, Buenos Aires, Ariel, 1993, p. 19).

en su historia o su accionar revolucionario, ya que este último se explica por sus planteamientos ideológicos. Para el análisis de las ideas montoneras, así como lo hicimos en el trabajo anterior, hemos optado por trabajar de manera directa sobre las publicaciones de la organización, más que sobre la profusa bibliografía posterior². Recurrimos a ella para cuestiones puntuales, sobre todo las referidas a la conformación y organización y acciones de Montoneros.

2. La herencia revolucionaria del peronismo: de la Resistencia a Montoneros

Sin repetir lo dicho antes sobre el contexto histórico e intelectual de aquellos años, permítasenos abundar en la trayectoria del peronismo con posterioridad al derrocamiento del General Perón en 1955, esencial para entender las ideas y el devenir de Montoneros. Estos años se caracterizan por algunas tendencias generales: la alternancia entre gobiernos militares y civiles, expresión de una crisis de legitimidad política que tiene como eje polémico la proscripción del peronismo; la acentuación de una crónica crisis económica, ya que la política industrialista, estatizante y redistributiva de los gobiernos peronistas, prolongada y reformulada en el desarrollismo frondicista, es reemplazada por un retorno del liberalismo monetarista a partir de la asunción del gobierno militar de Onganía; el volátil ambiente social, marcado por expresiones de descontento y crítica que ponen en entredicho los conceptos de república y democracia, y llevan al centro del debate político la idea de revolución; y, por último, la presencia de la violencia como categoría política que permea casi todo el espectro de las ideas de la época, y se erige en modo legítimo de expresión de los intereses.

2. La casi totalidad de los principales documentos Montoneros están recopilados por Ricardo BASCHETTI, *Documentos de la resistencia peronista 1955-1970*, Buenos Aires, De la Campana, 1997; *Documentos (1970-1973) De la guerrilla peronista al gobierno popular*, Buenos Aires, De la Campana, 1997, y *Documentos 1973-1976*, Buenos Aires, De la Campana, 1997, dos volúmenes. Para simplificar, cuando citemos los documentos, lo haremos refiriendo al número de volumen (I, II, III y IV) y la página correspondiente.

El movimiento militar que derroca a Perón en septiembre de 1955, autodenominado Revolución Libertadora, se caracteriza por replicar la dialéctica amigo/enemigo de que acusaba, con razón, al peronismo. Un primer momento pacificador, expresado en el lema de Lonardi, «ni vencedores ni vencidos», es superado por el im placable antiperonismo de Aramburu y Rojas, que se propone la «desperonización» de la sociedad argentina, plasmada en medidas concretas como la intervención de la central obrera (CGT) y la inhabilitación de sus dirigentes, y otras fuertemente simbólicas, como la proscripción del Partido Peronista, la prohibición del uso de sus símbolos, e incluso la mención misma del término y el nombre del líder derrocado. El esfuerzo por borrar el hecho peronista se encontró ante la evidencia de avances sociales que no podían ser ignorados: en líneas generales se mantuvo la legislación social y laboral peronista y las transformaciones realizadas por el peronismo se terminaron admitiendo, aunque a regañadientes³. Además, la CGT y el sindicalismo, puntales del régimen peronista, eran factores esenciales para la gobernabilidad; quienes gobiernan de 1955 en adelante se esfuerzan en seducir a la clase obrera por intermedio de sus líderes sindicales, para alejarlos del peronismo.

La respuesta de Perón desde su exilio en Madrid –luego de un periplo que lo llevó por Paraguay, Venezuela, República Dominicana y Panamá– son las «Directivas Generales para todos los Peronistas e Instrucciones Generales para los dirigentes», de enero de 1956. En ellas llama a desestabilizar a cualquier gobierno que se instale en la Argentina para así favorecer su retorno al país⁴. Estas instrucciones avalan la Resistencia Peronista, organización que habían co-

3. La Asamblea Constituyente reunida en 1957, convocada para reformar la Constitución de 1853-60, que por decreto había sido respuesta en lugar de la derogada Constitución peronista de 1949, y que estuvo marcada por la ausencia del peronismo proscrito, resolvió mantener en su articulado las conquistas sociales atribuidas al régimen derrocado, incorporando el artículo 14bis.

4. Emilio VÁZQUEZ VIERA, *El proceso subversivo en Argentina a través de la bibliografía nacional. Origen y evolución (1955-1975)*, Córdoba (Argentina), Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales, 2000, capítulos V y ss.

menzado a gestar personajes como John William Cooke, nombrado por Perón como su representante en el país. El planteo estratégico de Perón consiste en organizar la «resistencia civil» ante la dictadura, en la clandestinidad, para procurar la recuperación del poder recurriendo al caos social si fuera necesario. Propone una lucha sin cuartel y sin descanso, en la que el pueblo peronista deberá recurrir a la violencia y a la provocación, y así pone uno de los cimientos de la futura conformación de la guerrilla urbana peronista en la Argentina. El origen de Montoneros, las Fuerzas Armadas Peronistas y otras organizaciones puede rastrearse hasta este llamado de Perón a la resistencia civil.

Al peronismo se atribuía, por haber elevado a la clase obrera al primer plano de la vida nacional, un carácter revolucionario, que había atraído a sus filas a varias corrientes dispersas: nacionalismo, antiimperialismo, autoritarismo, así como sectores del catolicismo que vieron en él la posibilidad de restaurar los valores desplazados por el liberalismo laicista del siglo XIX. Eso convierte al peronismo proscrito y a su líder en un mito cuya interpretación proporciona las claves para entender el país⁵. Su carácter sincrético y contradictorio

5. «La proscripción convirtió al peronismo en un mito que parecía encerrar el secreto de la historia nacional. Interpretarlo era entendernos, tarea difícil, pues –descontado que Perón no tenía intenciones teóricas sino políticas– el peronismo como toda ideología redujo afirmaciones y doctrinas a rápidas y digeribles consignas de consumo masivo, lo que le dio gran generalidad pero escasa precisión. [...] Además, la doctrina peronista fue un sincretismo ideológico, una combinación de las ideologías imperantes, lo que le daba un tono de ambigüedad y polivalencia, revolucionario y tradicionalista a la vez, al borde de la incoherencia. Y sin olvidar que el gran intérprete de la doctrina fue Perón, el dueño de la palabra, lo que acentuaba el personalismo hegemónico del jefe en la definición ideológica. Todo lo cual conduce al mismo término de análisis: no es extraño que el discurso político peronista se nutra de fragmentos dispersos que suenan ora a la derecha, ora a la izquierda; el rompecabezas de la ideología peronista es Perón y su intuición del sentido de la “revolución mundial”, al igual que su capacidad para orientarla interiormente». Juan Fernando SEGOVIA, «El pensamiento político (1943-1983)», en ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, *Historia de la Nación Argentina*, tomo IX, Buenos Aires, Planeta, 2001, p. 351.

hará posible su reivindicación tanto por sus elementos democráticos y populistas como por sus componentes autoritarios y personalistas. Si para una parte de la izquierda es el signo de la modernidad revolucionaria que debe profundizarse, para otros sectores será el peligro antimoderno que acecha a la armonía institucional republicana⁶.

Este carácter sincrético es el que hace posible que las ideas peronistas puedan ser adaptadas a la nueva realidad posterior a 1955, no obstante la proscripción del partido y su líder. El posperonismo podía ser democrático con Frondizi o autoritario con Onganía. El desarrollismo, en el gobierno democráticamente entre 1958 y 1962, propugna abrir el camino de la modernización mediante la instauración de un capitalismo nacional, antiimperialista, posible mediante la pacificación social y política brindada por una amplia alianza de clases. Por su parte la denominada Revolución Argentina de 1966, que coloca en la Presidencia al General Juan Carlos Onganía, se muestra como un experimento neocorporativo sin límites temporales. Políticamente, la alianza social postulada se asentaba en la figura del líder militar fuerte, en un intento de reeditar la alianza militar-sindical del peronismo, y poniendo al control del Estado una elite civil y social, integrada por hombres de tendencia liberal, conservadora y reformista. Las tensiones entre las aspiraciones sindicales y las tendencias autoritarias de los militares provocarían el fracaso de esta experiencia.

Al interior del movimiento aparecen también en estos años las primeras expresiones tanto de fractura como de radicalización. Hay un neoperonismo, por una parte, que intenta aprovechar los resquicios de legalidad democrática mientras genera su espacio de poder de la mano de líderes sindicales como Augusto Vandor. Los militares, recelosos de que esta nueva versión del peronismo pueda llegar al poder y habilitar la vuelta de Perón, juegan al acercamiento con esta fracción neoperonista como un intento de dividir al peronismo y quitar poder al general exiliado. Por su parte, Perón, desde el exilio, temía perder el control del Movimiento a manos de los

6. Estas visiones en Oscar TERÁN, *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1993, especialmente el capítulo II «Peronismo y modernización», pp. 27 y ss., y Carlos STRASSER (dir.), *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Buenos Aires, Palestra, 1959.

neoperonistas, que demostraban no tener problemas en acercarse a las Fuerzas Armadas con tal de ganar el control partidario. También en estos años se acentúa el proceso de radicalización de sectores peronistas que giran abiertamente hacia posturas izquierdistas. Convencidos que la experiencia peronista había constituido una verdadera demostración de socialismo nacional, ven en el movimiento y, sobre todo, en el pueblo peronista, el vehículo para la construcción de un genuino socialismo antiimperialista. El problema, a partir de esta radicalización, sería doble: debería definirse cuál de las diversas tendencias sería la vanguardia del pueblo peronista y, fundamentalmente, quedaba por resolver el rol de la conducción. ¿Era el general exiliado aún el líder del movimiento hacia el socialismo nacional?

3. Origen y desarrollo de la organización

A diferencia del ERP, cuyo origen puede ser rastreado hasta un grupo preciso vinculado a un ambiente intelectual concreto, la trayectoria formativa de Montoneros es más complicada. Aunque luego se presenten a sí mismos como partiendo de un reducido grupo de jóvenes y como una genuina integración de peronismo y guevarismo, por su síntesis de movimiento de masas y organización guerrillera, los inicios del núcleo principal están en gran medida ligados a grupos vinculados al nacionalismo y el catolicismo⁷. Una de las líneas originales se encuentra a fines de la década de los 50 en Tucumán, agrupación nacionalista y falangista, de ideas anticomunistas y en parte antiperonistas, e integrada por jóvenes de extracción social media y alta. Algunos de sus integrantes, como Fernando Abal Medina, Carlos Gustavo Ramus o Rodolfo Galimberti, serán luego

7. Montoneros creó un relato heroico de su propia génesis, centrado en «el mito de los doce», el reducido grupo de jóvenes líderes porteños y cordobeses, relativizando la presencia de otros círculos activos desde el origen en diversos puntos del país. La tesis de Lucas LANUSSE, *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*, Buenos Aires, Vergara, 2005, investiga la presencia de estos grupos del interior y su rol en la conformación de la organización.

importantes dirigentes montoneros⁸. El ingreso de sectores vinculados al peronismo y el giro a la izquierda provocó la separación de una rama izquierdista, el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT), hacia 1962. Conducido por José Luis Nell y Joe Baxter, son partidarios de la revolución social y la acción armada. Algunos de sus miembros integrarán luego las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP).

Una de las peculiaridades de Montoneros es la presencia en sus orígenes de claros antecedentes católicos, más vinculados hacia las ideas modernistas del catolicismo posconciliar que a la tradición. Es inevitable la referencia a la revista *Cristianismo y Revolución*, fundada en 1966 por Juan García Elorrio, espacio para la expresión de las ideas renovadoras y las preocupaciones de algunos sectores católicos por las cuestiones sociales y políticas, en particular del Tercer Mundo⁹. Y sobre todo la novedad de postular en muchos casos la violencia como derecho de los débiles para resistir ante su situación. El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, fundado en 1967, planteaba la necesidad de diferenciar la injusta violencia de los opresores de la justa violencia de los oprimidos, y tomaba claro partido por éstos. Estas ideas predominaron en la Conferencia de Medellín, donde también se propuso como ejemplo a Camilo Torres, sacerdote y guerrillero colombiano, quien había afirmado que «el deber de todo católico es ser revolucionario»¹⁰.

En la Argentina es central el papel del sacerdote Carlos Mugica, mentor de un grupo de jóvenes entre los que están Abal Medina, Ramus y Mario Eduardo Firmenich, alumnos del Colegio Nacional

8. Así los caracteriza uno de los mejores estudios sobre Montoneros, Robert GILLESPIE, *Soldados de Perón. Historia crítica sobre los Montoneros*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008, p. 100. La importancia de la militancia de Abal Medina y Ramus en Tacuara ha sido puesta en duda por algunos autores, como LANUSSE, *Montoneros...*, cit., p. 35.

9. Cfr. Esteban CAMPOS, *Cristianismo y Revolución, el origen de Montoneros. Violencia, política y religión en los 60*, Buenos Aires, Edhasa, 2016; Ceferino BONANNO, *La revista Cristianismo y Revolución*, Tesis de Maestría inédita, Mendoza, 2012.

10. GILLESPIE, *Soldados de Perón...*, cit., p. 109.

de Buenos Aires y activos en la Juventud Estudiantil Católica. Mugica no avalaba el camino de las armas, pero veía en el peronismo el instrumento de la revolución social y la liberación. De este primer acercamiento a los planteamientos de lucha armada surge el Comando Camilo Torres (1967), que entra en contacto con García Elorrio y encuentra en su revista el vehículo para sus ideas. Estos jóvenes formarán el grupo principal en Buenos Aires, al que se sumará Norma Arrostito, mayor que sus compañeros, que provenía de una militancia en la izquierda tradicional en el Partido Comunista. A ellos hay que agregar otros grupos de militantes del interior del país, especialmente de Córdoba, como Emilio Ángel Maza, Carlos Capuano Martínez, José Sabino Navarro (correntino) y Jorge Gustavo Rossi, que también provienen de grupos católicos, como la Juventud Obrera Católica.

La llegada de Onganía al poder a través del golpe de Estado de 1966 es la excusa para la radicalización de estos grupos, no sólo por las políticas económicas liberales del gobierno, sino también por el cierre de los ámbitos de participación política y cultural (partidos, Universidad, etc.) En el ámbito sindical, la CGT de los Argentinos (CGTA), conducida de Raimundo Ongaro y en la que participa el escritor Rodolfo Walsh, quien luego militará en Montoneros, asume una postura combativa ante el régimen, frente a la CGT vanderista más dispuesta a negociar posiciones con el gobierno. La aceleración de los movimientos violentos y masivos, como el «Cordobazo» de mayo de 1969, provoca una mayor radicalización y comienza a marcar la preferencia por las acciones guerrilleras urbanas, ante el fracaso de las escasas experiencias rurales¹¹. Además, consecuencia inesperada, supone la «peronización» de algunas de estas embrionarias organizaciones armadas. Los futuros montoneros caerán seducidos por esta imagen de un peronismo revolucionario, en el que refulge la figura de Eva Perón.

Esta peculiar síntesis entre cristianismo y peronismo dará a los orígenes montoneros un aura particular, casi mística, y reforzará su

11. Sobre estas experiencias ver Gonzalo SEGOVIA, «El Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y la guerra revolucionaria en la Argentina en los 60 y 70», *Fuego y Raya* (Córdoba de Tucumán), n. 19 (2020), pp. 187-225.

presencia entre grupos juveniles que se van radicalizando. Además, la elección del nombre, que refiere a las «montoneras», las tropas populares irregulares que seguían a los caudillos federales del interior argentino en el siglo XIX, los ubica dentro de una trayectoria histórica nacional, y los pone a salvo del calificativo de «extranjerezantes» que se aplicaba habitualmente a las guerrillas izquierdistas. Sin descartar la innegable influencia de la revolución cubana y su consecuencia ideológica, el «foquismo», expresado por Régis Debray¹², las primeras claras referencias teórico prácticas serán las propias de la guerrilla urbana, tal como se expresaban en las obras del anarquista español Abrahám Guillén¹³, y en la experiencia uruguaya de guerrilla urbana protagonizada por los Tupamaros, indiscutible referencia para Montoneros¹⁴.

4. La aparición pública de Montoneros y las primeras definiciones teóricas

Hacia mediados de 1970 casi nadie conocía la existencia de Montoneros, que aún estaban en proceso de formación. En el grupo de Buenos Aires ya despuntaban los liderazgos de Firmenich, Abal Medina y Arrostito. Estos últimos dos, que entre 1967 y 1968 habían recibido entrenamiento militar en Cuba, eran los más preparados para la acción armada. Las primeras acciones, que pasaron casi desapercibidas, tuvieron por objetivo el recolectar armas y conseguir financiación.

Unos pocos militantes de la organización dan el 29 de mayo de 1970 un golpe espectacular e inesperado: conformados como

12. Régis DEBRAY, *Révolution dans la révolution? Lutte armée et lutte politique en Amérique Latine*, Paris, François Maspero, 1967.

13. Guillén, exiliado español de la guerra civil en Buenos Aires, escribió algunos tratados anarquistas, entre ellos una Teoría de la violencia y un manual de guerrilla urbana que planteaba la estrategia de la «guerra total». Cfr. GILLESPIE, *op. cit.*, pp. 133-137.

14. Tal como reconoció Firmenich a la periodista María O'DONNELL, *Aramburu. El crimen político que dividió al país. El origen de Montoneros*, Buenos Aires, Planeta, 2020, p. 87.

Comando Juan José Valle secuestran en su propio departamento al General Pedro Eugenio Aramburu, uno de los generales que habían derrocado a Perón en 1955. Luego de un juicio revolucionario, en el que lo encontraron culpable del fusilamiento de los rebeldes militares y civiles que al mando del General Valle se habían alzado contra el gobierno militar en junio de 1956, como así también del ocultamiento del cadáver de Eva Perón, proceden a ejecutarlo dos días después. En uno de los comunicados en que explicaban a la sociedad este acto de «justicia revolucionaria», el «Aramburazo» como ellos lo llamaron, se definían como «una unión de hombres y mujeres profundamente argentinos y peronistas, dispuestos a pelear con las armas en la mano por la toma del Poder para Perón y para su Pueblo y la construcción de una Argentina Libre, Justa y Soberana» y reconocían como guía «la doctrina Justicialista, de Inspiración Cristiana y Nacional»¹⁵. Esta acción, como la no menos espectacular toma del pueblo de La Calera (Córdoba) un mes después, granjea a Montoneros una gran popularidad, especialmente entre los sectores más jóvenes del peronismo¹⁶.

En las páginas de *Cristianismo y Revolución* aparecen las primeras definiciones montoneras: confirman su filiación peronista, ratifican su opción por la violencia, y definen su estrategia revolucionaria como la de guerra popular, que debe ser

«[...] total, nacional y prolongada. Le digo total, porque supone la destrucción del Estado capitalista y de su ejército, como previos a la toma del poder por el pueblo. Hablamos de nacional, porque su sentido es el de la emancipación del dominio extranjero, a la par que la reivindicación del pueblo argentino. Y por último, la calificamos de prolongada, porque hay que formar el Ejército Popular, lo que implica tiempo para desarrollarlo y además, debido a las características del ejército enemigo al cual no

15. «Perón Vuelve. Comunicado N°5», en BASCHETTI, II, p. 52.

16. Con la popularidad aparecen también las detenciones y las bajas: Maza muere en la retirada de la ocupación, y en setiembre caen Abal Medina y Ramus tras un tiroteo. Solo el apoyo de las FAP evitó la prematura desaparición de Montoneros.

es posible derrotar en un combate y sí, en cambio, desgastarlo en la lucha a través del tiempo»¹⁷.

Este planteo estratégico implica una dimensión nacional, dado que es coincidente con el de las restantes organizaciones ya acuantantes en el país y por tanto facilita una futura convergencia para constituirse en la vanguardia armada de la revolución argentina, y un alcance continental por su relación con la doctrina peronista de la Tercera Posición. Montoneros se presentan como el momento culminante de las largas luchas populares argentinas, síntesis del proceso histórico nacional cuyo eje pasa por el permanente enfrentamiento entre la oligarquía liberal vendepatria y los sectores populares¹⁸. En este esquema el año 1945 es clave, ya que a partir de ese momento el peronismo se revela como el único movimiento que se ha convertido en genuina expresión de la unidad nacional. Luego de 1955 y el desarrollo de la resistencia peronista, el movimiento fue expurgado, liberado de los burócratas y oligarcas; desde 1955, todos los verdaderos luchadores populares han luchado en nombre del pueblo y de Perón, su líder natural. Hoy, lo hacen por su retorno, ya que Perón es el único que puede unificar las luchas populares por la liberación. Montoneros se reserva un lugar privilegiado, junto a las otras organizaciones armadas, en este desafío histórico. Aclaran que sólo son un brazo armado del Movimiento, con la aspiración de constituirse en «el brazo armado del pueblo» es decir, «la vanguardia político-militar de una base popular lo más amplia posible». La asunción de la violencia política como método es una obligación de la historia. «No nos guía ninguna intención de jugar a la guerra, –afirman– y si tomamos las armas es a pesar nuestro. No somos nosotros los que inventamos la violencia, sino que la violencia es cotidiana, propia del sistema»¹⁹.

Algunos tópicos polémicos del ideario montonero aparecen ya

17. «El llanto del enemigo, Cristianismo y Revolución N°28, abril 1971», en BASCHETTI, II, p. 64.

18. «Hablan los Montoneros, Cristianismo y Revolución N°26, noviembre-diciembre 1970», en BASCHETTI, II, p. 97.

19. *Ibid.*, p.101.

en esta etapa temprana de su desarrollo. En primer lugar, la tendencia a encuadrar la lucha de clases dentro de las luchas nacionales antiimperialistas. De aquí el planteo de que el izquierdismo del peronismo está dado más por su carácter de movimiento de liberación nacional que por su convicción en la lucha de clases. Este planteo resultará poco atractivo a la clase obrera, que ve cómo se le pide la paulatina militarización e incorporación al ejército popular, pero no se atienden sus reivindicaciones de clase. En segundo lugar, la clara diferenciación del proceso en dos etapas: primero la liberación nacional (antiimperialista), de la mano del movimiento peronista, luego la revolución socialista²⁰.

En tercer lugar, la opción por el planteo estratégico de guerra popular y no el enfrentamiento entre aparatos militares. Es la guerra que el pueblo «desarrolla con todas sus movilizaciones y a las cuales la indispensable presencia de las organizaciones armadas eleva su nivel»²¹. La lucha armada se presenta como natural continuación de la lucha política del movimiento, como la forma más alta y eficaz de la militancia política²². La guerra revolucionaria es, en síntesis,

«el proceso que a partir de las movilizaciones populares, conduce, orientado por las organizaciones armadas, a la creación del ejército del pueblo y a la toma del poder por el pueblo en armas

20. «De ahí que Perón y el Movimiento determinan hoy como objetivos la liberación nacional y la construcción del socialismo. La liberación nacional significa liberarse del dominio imperialista, y el socialismo significa la supresión de la propiedad privada de los medios de producción y la planificación de la economía de acuerdo a las particularidades de la estructura productiva nacional». «Línea Político Militar. Documento interno (1971)», en BASCHETTI, II, p. 256. La liberación nacional solo puede ser comprendida en el marco de la liberación latinoamericana.

21. «La hora del pueblo en armas. Documento de presos políticos peronistas (Mayo, 1971), en *Cristianismo y Revolución*, n. 29, junio 1971», en BASCHETTI, II, p. 243.

22. «La guerra es la forma más alta de la lucha política y por lo tanto supone el nivel más alto de conciencia política en las masas para que éstas emprendan sus luchas por el poder a través de la lucha armada». («Línea Político Militar...», p. 260).

con el objetivo de construir la Patria Libre, Justa y Soberana, a través del Socialismo Nacional»²³.

En cuarto lugar, la tendencia ya marcada a la militarización, que, como veremos, va a terminar entrando en contradicción con varios de los presupuestos teóricos esgrimidos en el discurso montonero. Militarización que va de la mano de la temprana fijación en rasgos organizativos como la compartimentación, la estructuración de acuerdo a la lógica militar, y que reforzará las tendencias al aparatismo, la burocracia y el verticalismo²⁴.

Por último, otro rasgo esencial es el liderazgo indiscutible de Perón. Con un tono que suena simplista y a veces un tanto superficial, estos textos revelan la idealización del movimiento peronista²⁵ y una confianza excesiva en Perón, quien ejerce el liderazgo por su relación directa con las masas, relación de identidad que no requiere de mediación alguna, y por su autoridad indiscutida sobre el conjunto del movimiento, incluso los traidores²⁶. En el proceso de construcción del ejército popular, que como gran aparato deberá luchar en las instancias finales contra el ejército del sistema, hay solo dos instancias con la suficiente capacidad para la intelección del proceso: Perón, por su condición de líder, y Montoneros, por su condición

23. *Ibid.*, p. 244. No obstante, reconocen más adelante que la guerra popular es un concepto más amplio que la lucha armada, por lo que no supone la desaparición de la lucha política no armada («La hora del pueblo en armas...», p. 265).

24. Además no se debe olvidar que Montoneros comparte, con las otras organizaciones armadas, el carácter elitista de su propia conformación, al estar integrado mayormente por estudiantes, universitarios y profesionales burgueses.

25. «El peronismo es la experiencia principal, más rica y generalizada, que realizó la clase trabajadora y los sectores nacionales argentinos como para alcanzar el objetivo de liberación nacional y social y por ende, el sustento básico elemental, que debe ser conjugado como ingrediente preponderante, junto a la experiencia de otros pueblos, para la elaboración dinámica de la teoría revolucionaria en la Argentina». («Línea Político Militar...», p. 237).

26. «La hora del pueblo en armas...», p. 258.

de vanguardia. La organización político-militar es el imprescindible embrión y dirección del futuro ejército popular. Es el elemento más plenamente revolucionario dentro de la estructura del Movimiento. Esta posición privilegiada les permite mirar con clarividencia hacia el pasado, en el que descubren el eje explicativo pueblo-antipueblo, e incluso hacia el interior del mismo movimiento, en el que perciben la lucha interna que distingue a fieles y traidores. Ya veremos el cariz problemático de estas idealizaciones.

Las condiciones estratégicas y tácticas de la guerra revolucionaria son perfiladas en estos primeros años, en documentos como «Línea Político Militar», de 1971. El objetivo final, «la realización de la Patria Libre, Justa y Soberana» solo puede alcanzarse mediante «la construcción del socialismo, que es el sistema que permite la socialización de los medios de producción, tanto del capital financiero como el industrial, como la tierra y como todos aquellos bienes de producción, partiendo de una dirección y planificación estatal de la economía»²⁷. Por la condición nacional de dependencia neocolonial, de alcance continental, solo el Movimiento Peronista puede erigirse en movimiento de liberación nacional en desarrollo. Se insiste en la concepción de la guerra revolucionaria pero ahora se precisan las etapas: a un primer momento en que se forma el grupo guerrillero inicial (instancia en la que se encontraba Montoneros, a pesar de las bajas y las detenciones), le seguirá la «consolidación y expansión de la organización político-militar peronista a los más altos niveles de conciencia»²⁸, para finalmente proceder a la expansión de la guerra de guerrillas con la incorporación de la base popular y la realización de acciones de aniquilamiento físico del enemigo.

Asimismo, en el marco de una marcada preferencia por la guerrilla urbana frente a la guerrilla rural²⁹, se definen los métodos

27. «Línea Político Militar...», p. 250.

28. *Ibid.*, p. 264.

29. Que, como ya vimos, tiene su origen en el fracaso de las primeras experiencias rurales argentinas, que llevó a Montoneros a volcarse a la acción urbana, alejándose de la temprana elección por el foquismo cubano, como muestra la formación militar en La Habana, y además en el peso indudable del proletariado peronista, mayoritariamente urbano.

revolucionarios, que incluyen las acciones armadas como las paramilitares, como así también la movilización popular, la penetración ideológica en el seno del enemigo y las acciones de propaganda. Se precisan los diversos niveles de la organización político-militar, y se avanza en la definición de otros frentes de lucha: el sindical, el barrial, el universitario, el agrario e incluso el partidario, pensando en una posible salida electoral. Y, además, se aconseja que «en los sectores que tienen relación con las instituciones del sistema como la iglesia y las fuerzas armadas, se deben producir infiltraciones que planteen y agudicen las contradicciones en ellas»³⁰.

Mientras Montoneros atraviesa este proceso de definición interna, Perón se mueve hábilmente en el panorama de radicalización. Continúa sus contactos con la vieja burocracia sindical y partidaria, a quien confía la conducción del movimiento en el país, pero a la vez se reserva de criticar públicamente la aparición de las organizaciones armadas llegando, incluso, a avalarlas claramente en la correspondencia que por varios medios hace llegar a sus seguidores³¹. Aprovechando el clima de esos años, convence fácilmente a Montoneros y las otras organizaciones de haberse volcado a la vía de la construcción revolucionaria del socialismo nacional, mientras no deja de jugar la carta electoral. A la vez que designa a Héctor Cámpora, simpático a los ojos más izquierdistas, como su representante en el país, convierte al Coronel Osinde, viejo militante peronista anticomunista, en su asesor político-militar.

5. El auge montonero y el triunfo electoral de 1973: el Frente de Liberación

En coincidencia con el planteamiento estratégico de unidad de las organizaciones político-militares, Montoneros se vio involucrado en un proceso de acercamiento y fusión en estos años con las or-

30. «Línea Político Militar...», p. 270.

31. «Encomio todo lo actuado», fue la respuesta de Perón ante la pregunta montonera de si el ajusticiamiento de Aramburu no había afectado sus planes estratégicos, en correspondencia citada por O'DONNELL, *Aramburu...*, cit., p. 216.

ganizaciones más ligadas o cercanas intelectualmente al peronismo. Una de ellas eran las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), formadas a fines de los 60 por Envar El Kadri y Carlos Caride, cuyo intento de instalar un foco de guerrilla rural en Tucumán en 1967 terminó con todos detenidos y la organización prácticamente terminada. También peronista es Descamisados, agrupación formada hacia 1968 por dos dirigentes juveniles, Norberto Habegger y Horacio Mendi-zábal. Hacia 1969, transformada en Ejército Nacional Revolucionario, se dedica a ajusticiar a los «traidores» al movimiento peronista, entre ellos los líderes sindicales Augusto Vandor y José Alonso. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) tenían un origen más izquierdista; estaban integradas por miembros disidentes del Partido Socialista Argentino de Vanguardia y el Partido Comunista Argentino. Carlos Olmedo, Marcos Osatinsky y Roberto Quieto son sus principales dirigentes. La unificación de todas estas organizaciones se intentó tempranamente, hacia 1971, con la formación de las Organizaciones Armadas Peronistas (OAP), pero recién se hará efectiva a fines de 1972 en coincidencia con el auge Montonero. En este momento se fusionan las FAP, hacia 1973 las FAR y recién en 1974 los Descamisados.

A lo largo de estos primeros años en que se verifica el crecimiento de las manifestaciones populares, marcados por las bajas y las detenciones, que permiten el acceso a la conducción de la organización a Firmenich, la actividad de Montoneros se centra en acciones de propaganda armada más que en operaciones militares de relevancia: se aplican criterios de selectividad en los objetivos (ejecutivos de multinacionales, algunos policías y militares, considerados símbolos de la oligarquía), se intenta no provocar bajas para evitar el descrédito, y se apunta al desgaste psicológico del enemigo. Esta contribución a la inestabilidad política general dará sus réditos políticos. Si el «Cordobazo» en 1969 provocó la caída de Onganía, el movimiento popular llamado «Viborazo» en 1970 hizo lo mismo con la presidencia de Levingston. Asimismo, el «Mendezazo» de 1972, las huelgas y las acciones guerrilleras terminan de convencer a Lanusse, sucesor de Levingston, de apurar la salida electoral levantando la proscripción del peronismo. A pesar de los intentos por controlar el proceso electoral, solo una condición pudo imponer

Lanusse: Perón, por no tener dos años continuados de residencia en el país, no podría ser candidato a presidente.

La impopularidad del gobierno se acrecienta por el uso de la represión contra las organizaciones armadas, especialmente por acciones violentas como la Masacre de Trelew, en agosto de 1972, en la que fueron fusilados los militantes de varias organizaciones que no lograron evadirse con dirección a Chile y luego Cuba como varios de sus compañeros. Mientras tanto, Montoneros comienza a volcar parte de sus esfuerzos hacia la labor de masas, fundamentalmente a través de la Juventud Universitaria Peronista (JUP), organismo de superficie que adquiere gran relevancia política en estos años, y que proporcionará a Montoneros uno de sus líderes más carismáticos en la persona de Rodolfo Galimberti. Todas las organizaciones de la izquierda peronista, incluyendo las «formaciones especiales», eufemismo con el que Perón refiere a las organizaciones armadas, pasan a integrar la Tendencia Revolucionaria dentro del movimiento. Perón se refiere a los jóvenes radicalizados como la «juventud maravillosa», y el concepto de «transvasamiento generacional» viene a definir lo que aparentaba ser un cambio de guardia en el movimiento, por el que la juventud tomaba la posta de la vieja dirigencia, desprestigiada por sus maniobras frente a los diversos gobiernos posteriores a 1955³².

En este periodo se constatan dos procesos principales: la formación del Frente Justicialista de Liberación, frente popular con el peronismo a la cabeza, para ganar las elecciones, y la conformación cada vez más clara de la vanguardia montonera, mediante la concreción de su verticalista estructura interna y la depuración de su aparato teórico. Para esto es clave la adopción más expresa de las teorías marxistas-leninistas, además de las enseñanzas de las diversas experiencias revolucionarias. No obstante, una peculiaridad de

32. En 1973 expresarían que el trasvasamiento generacional no significaba «tirar un viejo por la ventana todos los días» sino que consistía en «la actualización doctrinaria y el abandono de los métodos burocráticos de conducción, organización y lucha, frecuentemente utilizados por las conducciones intermedias del Movimiento en sus distintas ramas». («Conferencia de Prensa de FAR y Montoneros, junio de 1973», en BASCHETTI, III, p. 78).



Montoneros que se hace visible en este tiempo es la ausencia del frío rigor teórico del ERP. La raíz peronista le da a la organización una mayor plasticidad teórica, que favorece el voluntarismo que los va a caracterizar³³.

El «Boletín Interno N° 1», de mayo de 1973, es un profuso documento en el que se sientan las bases para la actualización de la línea político-militar. La clave es una evaluación autocrítica. Reconocen la evolución ideológica que los ha llevado del «foquismo» inicial –la vanguardia solo se construye en la acción militar– a admitir que la práctica les ha mostrado la necesidad de encarar formas de lucha política no armada. De allí la definición como organización político-militar, es decir como partido revolucionario que desarrolle y conduzca la guerra revolucionaria integral. Hay un error principal: el foquismo, al no haberles permitido entender el plan electoral de Perón, los puso al margen de la reconstrucción del Partido Justicialista y los condujo a centrarse exclusivamente en la construcción de sus propias fuerzas militares. No fortalecida en el Movimiento, la organización quedó aislada y sujeta a las caídas. Un conjunto de errores que descansan «sobre un hecho central: la falta de caracterización correcta de lo que significa una organización político-militar, o mejor dicho, una organización revolucionaria»³⁴. Este punto muestra como Montoneros repite las mismas constantes de las otras organizaciones armadas. De una parte, la tendencia a la crítica interna permanente, la búsqueda de las contradicciones –la lucha de clases interna– que los lleva a descuidar el análisis de sus posturas frente a la realidad política. Excesivamente escrupulosos en la búsqueda de la ortodoxia, pasan por alto los gruesos errores en la línea política. Esto conduce por otra parte a la permanente suspicacia: cualquier desviación puede ser sinónimo de traición, y por lo tanto se desperdician esfuerzos en la búsqueda permanente de heterodoxias y aberraciones.

33. En los textos montoneros de esta época no suelen citarse autores ni fuentes, y no son tan frecuentes los puntillosos debates ideológicos que caracterizan a otras organizaciones, especialmente el ERP. Los temas vinculados al Movimiento Peronista, el líder y la vanguardia acaparan el discurso.

34. «Boletín Interno N° 1, Primera Quincena de mayo, 1973», en BASCHETTI, III, p. 581.

Bajo el paraguas de la contradicción principal antagónica, protagonizada por el imperialismo –categoría en la que entran multitud de actores– y la Nación, conformada por el pueblo –«la única clase absolutamente interesada en la liberación nacional para la construcción del socialismo»³⁵– y la mediana burguesía urbana y rural, se plantea la estrategia del Movimiento, que en esa etapa es la «defensiva estratégica», y los objetivos estratégicos, que son el aniquilamiento de las fuerzas económicas, políticas y militares de la oligarquía y el imperialismo, y la toma del poder total. Las características de la revolución en la Argentina hacen necesaria la conformación del Frente de Liberación Nacional; el socialismo no es viable sin la previa liberación nacional, y ésta «sólo es posible con la conducción de la clase obrera, es decir que no hay liberación nacional sin revolución social»³⁶. Si bien el proceso de liberación nuclea a sectores que tienen como denominador común el antiimperialismo yanqui, únicamente tendrá posibilidades de lograr sus objetivos si en él la clase obrera es hegemónica, es decir, si el Movimiento Peronista está a la cabeza. A tal fin «la clase obrera necesita de una organización que la represente política e ideológicamente en el FLN a través del ejercicio de la conducción del Movimiento Peronista. Esta organización no puede ser otra que la organización político-militar»³⁷.

El movimiento de liberación nacional se define a partir de la experiencia concreta del Movimiento Peronista, movimiento de liberación nacional y social en permanente desarrollo histórico,

«expresión política insuficiente e inadecuadamente organizada, del nivel de conciencia del pueblo, de características fundamentalmente antiimperialistas, antimonopólicas y antioligárquicas, expresadas en su adhesión al líder y a las tres banderas fundamentales, que evolucionan a través de la actualización doctrinaria y la profundización ideológica (transvasamiento gene

35. *Ibid.*, p. 583.

36. *Ibid.*, p. 589.

37. *Ibid.*, p. 590.

racional, guerra revolucionaria integral, socialismo nacional) expresadas en su práctica, hacia una conciencia socialista»³⁸.

El Movimiento es plástico y dinámico, se modifica y recompone socialmente a medida que profundiza sus niveles de conciencia, a partir de la conducción del líder –cuya relación de identidad con las masas es inorgánica, y por tanto desborda la estructura del Movimiento– y a través de la acción de sus militantes más conscientes, en un proceso en el que «la práctica precede a la teoría»³⁹. Prefigurando futuras contradicciones, el documento expresa que en el seno del Movimiento se mueve una vanguardia, que interpreta y conduce a la masa, lo que también hace Perón. Pero no hay sustitución, sino síntesis entre ambos, ya que el líder necesita la presencia de «una vanguardia organizada, como única forma de garantizar el logro de la hegemonía orgánica, efectiva y absoluta de la clase obrera dentro del Movimiento»⁴⁰.

Estos planteos son cruciales porque anticipan el futuro enfrentamiento de Montoneros con el resto del Movimiento Peronista y con el mismo Perón, y la consecuente alienación del apoyo popular. Montoneros había encontrado en el peronismo el movimiento popular, y buscaba definir su papel al interior del mismo; el auge de las movilizaciones populares y el apoyo de Perón, quien los necesitaba como factor de presión contra el gobierno, fue acentuando esta idea de vanguardia que ahora los hacía ponerse casi en paridad –«en síntesis»– con el conductor. Sin embargo, una vez en el gobierno, Perón se irá alejando de estos jóvenes radicalizados y demostrará su preferencia por sus viejos aliados, con las consecuencias que veremos.

La organización político-militar es presentada como la representación de todos los intereses, anhelos y reivindicaciones de la clase obrera peronista en un proceso que lleva a la terminación de su dependencia. «Este proyecto de liberación nacional y social –plantea el Boletín– define nuestra ideología socialista, en tanto la liberación de la clase obrera y el pueblo peronista supone la destrucción

38. *Ibid.*, p. 592.

39. *Ibid.*

40. *Ibid.*, p. 593.

del sistema capitalista dependiente y la construcción de una patria socialista en el marco de la liberación latinoamericana»⁴¹. En una expresión de idealización y simplificación, el discurso identifica a la clase obrera peronista con la clase obrera en general y con el pueblo peronista, que a su vez se sustituye al pueblo en general. Por eso la organización no es vanguardia de una parte, de una clase, sino del pueblo todo. La teoría revolucionaria que los orienta es el resultado de prácticas concretas, «producto de la síntesis de la práctica de las masas y la interpretación científica de esa práctica en función de establecer nuevas propuestas de acción (práctica-teoría-práctica)»⁴². Es así que la patria socialista se identifica, ineludible y finalmente, con la patria peronista.

Fortalecimiento de las estructuras de conjunto, integración con otras organizaciones (proceso que ya explicamos) y homogeneización ideológica se esbozan como las claves del proceso que debe llevar a la conformación de una correcta organización político-militar y superar los errores iniciales. Así podrá convertirse en la herramienta estratégica para la resolución de las contradicciones internas en el seno del Movimiento Peronista e imponer en todos los niveles la hegemonía de la clase obrera. A su vez, la organización es germen del ejército popular y se desarrolla dentro del Movimiento, al que debe conducir. Esta herramienta organizativa a desenvolver «tiene por función básica la de conducir estratégicamente el proceso político de la guerra revolucionaria integral hacia los objetivos revolucionarios. Para ello tendrá la conducción de las dos formas de acción: la política armada y la política no armada»⁴³.

De nuevo caemos en el mismo problema, en la misma contradicción: hasta ahora la conducción estratégica de las fuerzas del Movimiento ha sido desarrollada unipersonalmente por Perón. Pero, impedido de mantener contacto directo con su pueblo, ha generado la mediación a través de dirigentes insuficientemente organizados e ideológicamente a veces alejados. Por eso la herramienta organizativa «será conducción estratégica ejercida conjunta y progresivamen-

41. *Ibid.*, p. 595.

42. *Ibid.*, p. 596.

43. *Ibid.*, p. 597.

te con el general Perón en la medida en que conduzca realmente el proceso [...] hacia los objetivos de liberación nacional y social ya indicados»⁴⁴. Como en su desarrollo engendrará el ejército popular como organización de masas al que se incorporarán tanto combatientes experimentados como novatos, corresponde a la organización construir la teoría revolucionaria interpretando la práctica de las masas, adoctrinar y organizar a sus cuadros y la clase obrera, y conducir la guerra revolucionaria en todas sus formas. Los cuadros deberán asumir la ideología del partido, acatando la disciplina interna y las normas organizativas que suponen la socialización de su vida, es decir la subordinación de sus intereses individuales a los intereses de conjunto. Esto es así en cuanto la organización «no es sólo el embrión del ejército popular, sino en un sentido más amplio y profundo, el germen de la sociedad que pretendemos construir, el embrión del nuevo poder popular»⁴⁵.

Este extenso documento, actualización doctrinaria y ajuste de cuentas con la corta e intensa trayectoria montonera hasta este punto, termina de perfilar el aparato ideológico en preparación para la llegada al poder, no ya mediante la violencia, sino como parte del Frente de Liberación Nacional conducido por el peronismo. El contundente triunfo del Frente Justicialista de Liberación en las elecciones de marzo de 1973 lleva a Héctor Cámpora, representante de Perón, a la presidencia. El lema que circula en boca de todos, «Cámpora al gobierno, Perón al poder», da cuenta de quien efectivamente asume la titularidad del poder. La misma noche de la asunción, 25 de mayo, Cámpora cumple la promesa realizada a las organizaciones y procede a indultar y liberar a los presos políticos de la metropolitana cárcel de Devoto.

«Apoyar, defender y controlar» es el nombre del comunicado conjunto de FAR y Montoneros, ya fusionados, ante la asunción de Cámpora. En él dejan en claro que el triunfo del pueblo y del Movimiento no alcanza para ser garantía del triunfo final. La historia nacional lo confirma «porque las mayorías cuando no están organizadas y armadas –afirman– pueden ser desconocidas por los dueños

44. *Ibid.*, p. 598.

45. *Ibid.*, p. 603.

del poder económico y militar. Por ello, el objetivo de nuestro Movimiento es la conquista de ese poder»⁴⁶. La única garantía para que el Pueblo tome el poder bajo la conducción de Perón es, entonces, «su organización y movilización para el apoyo, la defensa y el control del Gobierno»⁴⁷.

El gobierno popular de Cámpora coincide con el auge de Montoneros, presentes en multitud de frentes políticos y con referentes en las esferas del poder –varios gobernadores, ministros, rectores de universidades, además de ocho diputados propios–, además de la evidente simpatía del presidente. La amplia labor de masas, visible en la formación de ramas como las Juventudes Peronistas regionales, juventud universitaria (JUP), trabajadora (JTP), de estudiantes secundarios (UES), villeros (MVP), e incluso una rama femenina, la Agrupación Evita (AE)⁴⁸, acrecienta su llegada a la juventud⁴⁹. Todas estas ramificaciones convergen en la Tendencia Revolucionaria, que destaca por su gran poder de movilización. Pero también aparecen las primeras señales de alarma ante la oposición de los sectores de derecha del movimiento, superadas por la confianza en que Perón, al retornar al país, haría el definitivo giro a la izquierda que permitiera eliminar del movimiento a los burócratas y traidores⁵⁰. Otra señal de

46. «Apoyar, defender y controlar. Comunicado del 24-05-73 de FAR y Montoneros ante la asunción a la primera magistratura del Dr. Héctor J. Cámpora», en BASCHETTI, III, p. 50.

47. *Ibid.*

48. Estas organizaciones políticas expresaban el componente social de Montoneros que, según GILLESPIE, era de un 50% de estudiantes, un 20% a 30% de obreros y el resto mediana burguesía (*Soldados de Perón...*, cit., pp. 222-223).

49. Popularidad que se hace más patente con maniobras como el Operativo Dorrego, en octubre de 1973, en que Montoneros colabora con las Fuerzas Armadas en asistir a poblaciones inundadas de la provincia de Buenos Aires.

50. En 1977 admitirían que aceptaron la conducción «burguesa» y «burocrática» del Movimiento, en la confianza de que Perón haría luego la purga. Calificaron este error como «una desviación correcta». Cfr. GILLESPIE, *Soldados de Perón...*, cit., p. 211.

alarma la ofrece la escisión de una columna en Córdoba, los «Sabinos», propiciada por la marcada conducción verticalista de toda la estructura desde Montoneros, que nombraba a jefes y responsables de las diversas ramas, y no proporcionaba medios ni espacios para la participación democrática de las bases ni para la crítica. Si bien la columna escindida tuvo corta vida, eran destacables los motivos esgrimidos: criticaban la creciente militarización, el elitismo revolucionario y la falta de trabajo de masas de Montoneros.

6. Perón es Perón: la contradicción ideológica

Los sectores más tradicionales del Movimiento veían a Cámpora solo como un eslabón necesario en la cadena que llevaba a Perón nuevamente a la presidencia, y a los jóvenes radicalizados como «usurpadores», «infiltrados» en el movimiento. Los popes de la burocracia sindical, con el Secretario de la CGT, José Rucci, a la cabeza, se apoyaban en José López Rega, «el brujo», secretario personal de Perón, que manejaba los hilos del poder desde las sombras, y otros personajes como el Coronel Osinde y Brito Lima, cabezas del Comando de Organización. Conformaban lo que se conocía como la «ultraderecha» del peronismo, cercanos al líder y encargados de preparar su retorno definitivo al país. El enfrentamiento entre fracciones estalla de manera sangrienta el 20 de junio de 1973, día del retorno definitivo de Perón al país. La lucha por las posiciones de privilegio frente al palco de Ezeiza, desde donde el líder se dirigiría a una multitud —en lo que sería la manifestación popular más grande de la historia argentina—, se transformó en un combate abierto entre la izquierda y la derecha peronista que, desde el palco, recibió con una lluvia de balas a las columnas Montoneras, de FAP y FAR, dejando un saldo de cerca de 13 muertos y 250 heridos⁵¹.

51. El confuso episodio aún sigue siendo pasto de interpretaciones acerca de sus instigadores y sus objetivos. Incluso la cantidad de muertes y heridos varía según las fuentes. Un buen recuento del hecho y su contexto en Carlos A. FERNÁNDEZ PARDO y Leopoldo FRENKEL, *Perón. La unidad nacional entre el conflicto y la reconstrucción (1971-1974)*, Córdoba, Ediciones del Copista, 2004, pp. 423-433.

Con Perón ya en la Argentina, el gobierno de Cámpora comenzó a zozobrar frente al «lopezrreguismo» y la derecha peronista que empieza el hostigamiento a los sectores más radicalizados, no sólo del partido, sino de todo el espectro político. En este clima, el 13 de julio de 1973, luego de sólo 48 días de gobierno, Cámpora y Solano Lima, su vicepresidente, renuncian y dejan el camino libre para la asunción de Perón como Presidente, mediante nuevas elecciones. Éstas tuvieron lugar el 23 de septiembre, y en ellas el triunfo de la fórmula Juan Domingo Perón-María Estela Martínez de Perón fue apabullante, con más del 61% de los votos. Pocos días antes, Mario Firmenich había dejado una de sus más recordadas frases en una entrevista publicada en *El Descamisado*, órgano de Montoneros:

«De ninguna manera [dejaremos las armas]: el poder político brota de la boca de un fusil. Si hemos llegado hasta aquí ha sido en gran medida porque tuvimos fusiles y los usamos; si abandonáramos las armas retrocederíamos en las posiciones políticas»⁵².

En el momento de mayor penetración política de la organización en el gobierno y el movimiento, y con Perón retornado y en el poder, Montoneros no renuncia a la opción prioritaria por la violencia y la lucha armada. Firmenich plantea la guerra como la forma más alta de la política porque, en el fondo, la organización desconfía de la política. Voluntarismo, militarismo y elitismo serán a partir de ahora el sello cada vez más visible de Montoneros. Estos rasgos se expresan en acciones en las que la organización busca reivindicar frente a Perón su rol en el Movimiento⁵³. Perón no se deja conven-

52. «El Descamisado, N° 17, 11-9-73», en BASCHETTI, III, p. 194.

53. En una muestra de torpeza, Montoneros resuelve demostrar a Perón su peso específico dentro del movimiento con un acto de fuerza: el asesinato de Rucci, líder de la CGT, a quien sindicaban como uno de los traidores infiltrados en el movimiento. Si bien el hecho no fue reivindicado por la organización, tenía el sello de su accionar y todo apuntaba a su autoría. Para una interpretación abarcativa ver la investigación periodística de Ceferino REATO, *Operación Traviata. ¿Quién mató a Rucci? La verdadera historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

cer y, antes que el reconocimiento, hace públicas sus recriminaciones y desaires, denunciando a los «infiltrados» en el Movimiento, y exigiendo la subordinación de la Tendencia Revolucionaria a la conducción tradicional y al liderazgo del presidente. Montoneros elabora entonces la «teoría del cerco» para intentar explicar el comportamiento del General: Perón no actúa espontáneamente sino que es el «lopezrreguismo» que ha tendido un cerco alrededor del presidente que le impide ver claramente la realidad. Pusieron incluso un nombre a este enemigo: el «brujo-vandorismo». Pero poco a poco, a medida que los gestos de Perón expresan su preferencia por la derecha partidaria, la teoría del cerco va dejando lugar a una revisión profunda del rol del conductor y el propio papel montonero en el Movimiento Peronista.

La explicitación de las diferencias ideológicas con Perón se hace en una charla de la Conducción Nacional ante las agrupaciones de los frentes a fines de 1973. El documento se destaca por la sinceridad de la autocrítica. El error de base es la incorrecta lectura de los hechos; a partir de esta lectura «existe también un error de pensamiento mágico, acerca de lo que es Perón y de su relación con las masas del país»⁵⁴. Particularmente «la teoría del cerco que, de algún modo, todos hemos tenido como real, adjudicando los hechos políticos que se sucedían y que aparentemente eran producidos por el General Perón, a un supuesto cerco sobre él»⁵⁵. Admiten haber pecado de infantilismo político al desconocer la realidad existente, la política como hecho objetivo, que emana de realidades objetivas; que ha conducido a la organización por picos de exitismo y derrotismo. En la realidad objetiva de 1973, que muestra que en la situación política latinoamericana y argentina no es factible la acumulación y concentración de poder revolucionario, no se le puede achacar a Perón haber caído en el vicio de la conducción personalista y no haber elaborado y encabezado el proyecto de transición al socialismo. Pero también es cierto que la construcción de poder por parte de Perón pone al país en situación de debilidad frente al imperialismo.

54. «Charla de la Conducción Nacional ante las agrupaciones de los frentes – 1973», en BASCHETTI, III, p. 259. GILLESPIE, *Soldados de Perón...*, cit., la cita como «Etapa y coyuntura» y la ubica en enero de 1974.

55. *Ibid.*, p. 258.

El problema es Perón, pero ¿por qué?: porque «en ese lapso –contestan– hemos hecho nuestro propio Perón, más allá de lo que es realmente. Hoy que está Perón aquí, Perón es Perón y no lo que nosotros queremos»⁵⁶.

Esta revelación hace patentes las contradicciones ideológicas con el conductor, que pasan por la definición de socialismo que cada uno tiene. La visión peronista frente al imperialismo siempre estuvo expresada en la tercera posición, equidistante del capitalismo imperialista y el socialismo internacional. Es decir que, «en rigor el socialismo nacional no es el socialismo, lo que Perón define como socialismo nacional es el Justicialismo»⁵⁷. La tercera posición peronista es una posición ideológica que se expresa en el lema «ni yanquis ni marxistas, peronistas», mientras que la de Montoneros es política, porque se identifica con las luchas antiimperialistas del tercer mundo. Perón busca la construcción del socialismo nacional, pero desde una perspectiva ideológica expresada en la idea de «comunidad organizada» como ideal social asentado en la alianza de clases. Eso es inaceptable para Montoneros, que únicamente consienten el nacionalismo que se trasunta en la idea de alianza de clases, como etapa de transición hacia el socialismo real⁵⁸. La diferencia de objetivos determina necesariamente una diferencia en la concepción acerca de la toma del poder entre Perón y Montoneros.

Montoneros sostienen que en el fondo de la cuestión subyace una contradicción entre la ideología de Perón y la política de Perón. Su antiimperialismo, apoyado en los trabajadores organizados y la alianza de clases, debería conducir lógicamente al socialismo. La situación objetiva «determina una contradicción entre las consecuencias de la política de Perón y su propia ideología. Por eso, posiblemente –afirman–, Perón nos vea a nosotros como infiltrados

56. *Ibid.*, p. 271.

57. *Ibid.*, p. 272.

58. «El socialismo solamente es alcanzado a partir del nacionalismo. Porque la primera intuición política de las masas es el nacionalismo y no el socialismo y porque aparte el nacionalismo permite la alianza de clases en función antiimperialista, es decir en la transición hacia el socialismo». (*Ibid.*, p. 274).

ideológicos, y la burocracia también nos vea como infiltrados ideológicos, pero no lo somos. Somos el hijo legítimo del Movimiento, somos la consecuencia de la política de Perón. En todo caso podríamos ser “el hijo ilegítimo” de Perón, el hijo que no quiso, pero el hijo al fin»⁵⁹.

El proyecto ideológico requiere conservar el gobierno, ofreciendo a las «formaciones especiales» como prenda de negociación, arriesgando la desaparición del proyecto político de la izquierda peronista, porque «para Perón, el objetivo principal hoy consiste en conservar el gobierno para ir desarrollando su proyecto estratégico: la alianza de clases y el Estado Justicialista»⁶⁰. Las ha llamado siempre «formaciones especiales», porque en su proyecto no hay lugar para el concepto de vanguardia; solo las ha percibido como el brazo armado del peronismo que, desaparecida la situación especial que las vio surgir –la lucha contra la dictadura para el retorno de Perón– debían desaparecer. Pero, «si no somos “formaciones especiales” y lo que hay es un proyecto político-ideológico que tiene su implementación estratégica –concluyen–, entonces no solo no hay que disolverse, sino que hay que lograr la conducción del Movimiento Peronista para transformarlo en Movimiento de Liberación Nacional total»⁶¹.

La contradicción con Perón es insalvable, pero no lo es en el plano estratégico, en que la conducción del General es indiscutible, sino en el plano ideológico, y es «estúpido pelearnos con Perón por la ideología»⁶². El peronismo es «obligadamente el movimiento de masas nacionalista y revolucionario por el cual pasa inexorablemente la revolución»⁶³. No hay revolución fuera del peronismo, pero vale la pena intentar producir la transformación interna del Movimiento, desplazando a la burocracia, demostrando que la causa de las organizaciones es justa, y procurando la mayor acumulación de fuerza y poder posible para llegar al momento de fractura en las me-

59. *Ibid.*, p. 276.

60. *Ibid.*, p. 279.

61. *Ibid.*, p. 283.

62. *Ibid.*, p. 292.

63. *Ibid.*, p. 293.

jores condiciones. Mayor representatividad política, mayor organización de las masas y mayor poder militar; esos son los objetivos de la etapa que se abre, caracterizada como «equilibrio estratégico»⁶⁴.

Cualquiera de las dos opciones, copar la conducción del Movimiento o directamente abandonarlo, llevaban a la lógica consecuencia de romper con Perón y el Movimiento. A tono con la situación, un proyecto de reforma del Código Penal propuesto por Perón a inicios de 1974, que establecía para las actividades subversivas penas más duras que las que se imponían durante el gobierno militar, provoca la renuncia de los legisladores de la Tendencia. La publicación montonera *El Descamisado* reproduce una conferencia de Mario Firmenich titulada «Renunciamos a los honores, no a la lucha»⁶⁵. Allí se denuncia que el cerco ya no era al presidente, sino a la Argentina misma, para aislarla de las luchas continentales y someterla a las acciones de provocación tanto de la ultraizquierda como de la ultraderecha. Para defender y consolidar el Movimiento, Montoneros y la Tendencia están dispuestos a renunciar a los honores, a los cargos, pero no a la lucha, que tiene como objetivo final la construcción de la patria grande latinoamericana y el socialismo nacional.

Los intentos por mantenerse dentro del Movimiento se encontraron cada vez más con la hostilidad de la derecha peronista; mientras Perón sostenía públicamente que las organizaciones ya no eran necesarias y debían volcarse dentro del Movimiento, eran hostigados por la acción del grupo paramilitar Triple A⁶⁶. La ruptura defi-

64. El documento termina con un cálculo militar: para enfrentar a los 200.000 soldados regulares en las distintas fuerzas estatales, Montoneros necesita construir una fuerza de un mínimo de 20.000 hombres armados, lo que, admiten, solo es posible en un año y medio. Lo que hace que lo más probable sea replegarse a la defensiva estratégica llegado el momento de fractura. *Ibid.*, p. 311.

65. «El Descamisado N° 38, 5/2/74», en BASCHETTI, III, p. 443.

66. La Triple A (Alianza Anticomunista Argentina), es una banda paramilitar que tiene sus raíces en el Comando de Organización y el enfrentamiento en Ezeiza, pero se da a conocer como tal en junio de 1974. Comandada por López Rega con la participación y connivencia de fuerzas y jefes policiales y militares. Para setiembre de 1974, más de 200 personas habían sido asesinadas, y eran innumerables los ataques con bombas a sedes

nitiva se produce en el tradicional acto conmemorativo del primero de mayo en la Plaza de Mayo. En una plaza colmada, la Tendencia se dedicó a hostigar con sus cantos a los representantes de la burocracia sindical, cuestionando al General por qué estaba lleno de «gorilas» el gobierno popular. Cuando Perón tomó el micrófono, ante los cánticos que no cesaban, se dirigió a los «imberbes» y «estúpidos» que creían tener más méritos que los dirigentes históricos del Movimiento, y que no estaban satisfechos con lo realizado por el peronismo. En respuesta, Montoneros y las restantes agrupaciones de la Tendencia se retiraron de la plaza, cantando que los que podían estar conformes eran los «gorilas», y que el pueblo iba a luchar⁶⁷. Dos meses después, el 1 de julio, fallece Perón y asume la presidencia su mujer, Estela Martínez, «Isabelita», quien endurece la persecución contra la Tendencia a través de la Triple A, la sanción de una dura legislación anti subversiva, y la purga de simpatizantes en los diversos ámbitos institucionales, fundamentalmente la Universidad (donde una nueva ley prohíbe la actividad política). Todas estas razones son las que llevan a Montoneros a pasar a la clandestinidad, anunciada en un comunicado de fecha 6 de septiembre.

En sus comunicados dejan claro que no abandonan su lugar al interior del Movimiento; lo que proponen es la reconstrucción del mismo, quitándole la conducción a los elementos reaccionarios que lo han copado⁶⁸. La represión contra los sectores populares y la juventud, el copamiento de la CGT y el Movimiento por parte de la burocracia ponen de manifiesto que el gobierno «ha dejado de

de la Tendencia (de la JP, la JTP, etc.). GILLESPIE, *Soldados de Perón...*, cit., pp. 238 y ss.

67. Silvia SIGAL y Eliseo VERÓN, *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Eudeba, 2003, pp. 227 y ss., recrean el momento, transcribiendo el discurso de Perón puntuado por las interrupciones de los cánticos de la Tendencia.

68. Ello confirma la certeza «de que el Movimiento Peronista es el único ámbito político en el que puede operarse la confluencia entre los objetivos estratégicos de la clase obrera y las reivindicaciones de los más amplios sectores populares es la clave de toda política revolucionaria en el país». («La revolución sigue siendo peronista, respuesta a la revista Liberación, Confluencia N° 5, Agosto 1974», en BASCHETTI, IV, p. 230)

ser peronista y representativo»⁶⁹. Más aún, es un gobierno «antiperonista, antipopular, represivo y promonopólico»⁷⁰. Es el momento de aprovechar el nivel de organización que el pueblo ha alcanzado y encarar una nueva etapa de Resistencia como la de 1955⁷¹, impulsando todas las formas de lucha que constituyen la guerra popular integral, incluso organizando «las milicias peronistas que imaginara Evita, para que todo el pueblo participe activamente en todas las formas de enfrentamiento» que se darán en la etapa⁷². Es decir, ante la clausura del espacio político, la acentuación de la vía armada, respondiendo «a la violencia desatada desde arriba con la violencia de abajo»⁷³. Violencia que no es irracional sino política, porque es el único camino para alcanzar los verdaderos objetivos políticos, la clásica tríada peronista:

«Nuestro objetivo no es la violencia. Nuestra violencia es el arma que usamos en defensa del pueblo frente a la violencia institucionalizada desatada por el gobierno. Nuestros objetivos son políticos: la Independencia económica, la Soberanía política y la Justicia Social»⁷⁴.

7. Clandestinidad, militarización y derrota

La experiencia «política» de Montoneros se cierra con el paso a la clandestinidad. A partir de ahora primarán los aspectos militares de la organización, expresión militante del pueblo peronista y de lo que a partir de ahora llaman Peronismo Auténtico, que tiene

69. «Vuelta a la clandestinidad, 6 de septiembre de 1974», en BASCHETTI, IV, p. 239.

70. *Ibid.*.

71. Este nombre, de resonancia mítica para cualquier peronista, expresa la certeza montonera en expresar la verdadera identidad del Movimiento frente a los verdaderos infiltrados.

72. «Vuelta a la clandestinidad...», p. 240.

73. «A un mes del paso a la clandestinidad, Conferencia de prensa, octubre de 1974», en BASCHETTI, IV, p. 255.

74. *Ibid.*, p. 256.

como objetivo recuperar el poder y el camino de la liberación. En lo estratégico, conscientes de la debilidad de la propia fuerza, definen la etapa como «Defensiva», orientada a evitar la aniquilación, la acumulación de fuerzas y la preparación de la ofensiva. Ello implica una labor de propaganda para concientizar a los verdaderos peronistas del carácter antipopular del gobierno, a la vez que encarar la reconstrucción del Movimiento. Junto con la profundización del trabajo de las organizaciones «de superficie», es central la construcción de las milicias peronistas. «El pueblo necesita su propia estructura militar, su propio Ejército –afirman–. Las milicias que Evita quiso hacer en su momento, como brazo armado de los trabajadores y el pueblo [...] debemos hoy hacerlo nosotros para aspirar seriamente a destruir el poder imperialista y construir el poder del Pueblo»⁷⁵. El abandono de la política, sostienen, no les ha quitado su representatividad, por ser la conducción política de las agrupaciones y «la conducción militar de la Guerra Popular de Liberación»⁷⁶. Las agrupaciones fueron creadas en la etapa de la ofensiva popular; ahora es el momento de crear las milicias y las unidades de combate. La clandestinidad es positiva; hace que Montoneros estén «ocultos para el enemigo, presentes para la masa»⁷⁷. Lamentablemente esta convicción pasaba solo por lo teórico; en la práctica, la organización se aleja cada vez más de la clase obrera, centrada en su rol dentro del Movimiento Peronista y sus reivindicaciones materiales, y se encierra paulatinamente en el voluntarismo militarista y elitista.

La Defensiva, eufemismo para llamar a la retirada hacia la clandestinidad⁷⁸ –que además no fue correctamente comunicada a los militantes–, significó en la práctica partir la Tendencia en dos:

75. «Resistencia peronista al avance imperialista. Evita Montonera N° 1, diciembre 1974», en BASCHETTI, IV, p. 319.

76. *Ibid.*

77. *Ibid.*, p. 323.

78. A comienzos de 1975 afirmaban que «la acción militar permanente en la defensiva es imprescindible, porque de lo contrario no es una resistencia y se parece más a una huida que a una retirada». («La Resistencia peronista ataca – Fundamentos de la ofensiva táctica, Evita Montonera, N° 2, enero-febrero de 1975», en BASCHETTI, IV, p. 414).

una estructura militar cada vez más cerrada, compartimentada y verticalista; y una multitud de militantes organizados en agrupaciones públicas, que quedaron desprotegidos ante el aumento de la represión legal e ilegal. Al mismo tiempo, la propuesta de crear las milicias implicaba que al creciente militarismo se sumaba el vuelco a la acción armada de cuadros con deficiente formación militar, sujetos a las muertes, las caídas y las consecuentes delaciones. Eso no fue obstáculo para que Montoneros lanzara una serie de acciones cada vez más audaces. A la Campaña de agitación de septiembre de 1974 –ofensiva táctica preparatoria de la contraofensiva–, en la que cerca de 1.500 militantes se distribuyeron en cien operativos, se sumó una cadena de acciones impactantes, siendo la más relevante el secuestro de los empresarios Juan y Jorge Born, por el que se pagó un rescate de sesenta millones de dólares para financiar el Movimiento.

La organización es consciente de los riesgos inherentes a esta opción. En los fundamentos de la Ofensiva Táctica lanzada a comienzos de 1975, admiten que los tiempos de la vanguardia y del pueblo no siempre son los mismos. «Nunca el conjunto de los trabajadores y el pueblo toman conciencia –sostienen–, al mismo tiempo y en bloque, de los cambios de etapa que se experimentan en un proceso»⁷⁹. La fractura política del pueblo, la confusión de las masas, hacen inevitable este vanguardismo. Actúan sin esperar que todos los trabajadores avancen en la misma dirección; «con nuestra acción vamos marcando un camino –explican–. Seremos vanguardia en la medida que avancemos conduciendo al conjunto (fijando metas políticas y organizativas) pero haciéndolo hacia objetivos revolucionarios (liberación nacional y socialismo) y la toma del poder»⁸⁰.

Este elitismo vanguardista expresa en el fondo la certeza de que la acción militar es el «nivel superior de la lucha política hacia la conquista del poder»⁸¹. La lucha reivindicativa y la lucha política en última instancia son funcionales a la lucha armada. «No hay política revolucionaria –concluyen–, es decir proyecto de toma del poder para los trabajadores y el pueblo, sin la construcción del poder mili-

79. *Ibid.*, p. 400.

80. *Ibid.*, p. 402.

81. *Ibid.*, p. 409.

tar propio y la destrucción del poder militar enemigo»⁸². El objetivo de toda esta etapa debe ser indudablemente la construcción del Poder Popular, lo que solo es posible si hay una organización revolucionaria de los trabajadores que se construye a sí misma en la lucha del Movimiento: Montoneros. Este 1975 es testigo del lanzamiento de tres campañas militares, que involucran acciones propagandísticas, atentados contra miembros de las fuerzas de seguridad y el gobierno como expresión de la «justicia revolucionaria», y acciones masivas, de gran escala, como la voladura de la Fragata «Santísima Trinidad», recién comprada por la Marina, de la pista del aeropuerto de Tucumán, destruyendo un avión Hércules con soldados que despegaba en ese momento y el fallido copamiento en octubre de un regimiento militar en Formosa, que se saldó con la muerte de varios conscriptos. Todos estos actos generaron más publicidad negativa que positiva, fundamentalmente por la deriva hacia el puro terrorismo y por el hecho de ser contra un gobierno popular y democrático. Tal como le había sucedido al ERP, esta deriva militarista y terrorista revelaba que cada vez más se priorizaba la acción armada sobre la política, y que se avanzaba peligrosamente hacia el error estratégico del enfrentamiento entre aparatos. Si bien es cierto que la censura sobre la prensa limitaba la repercusión pública de estas espectaculares acciones, también lo es que esta escalada militarista aislaba cada vez más a Montoneros de las organizaciones de superficie y la clase obrera, que no se podía permitir «pasar a la clandestinidad». Además, al alto costo en vidas propias y enemigas, se le suma que a la dureza verticalista de la conducción se le empieza a oponer una tendencia democrática entre los militantes que favorece las detenciones y bajas. Era una manera de expresar la oposición ante la rigidez militar, palpable en los juicios revolucionarios a varios militantes acusados de revelar datos bajo tortura, incluso de un dirigente de alto nivel como Roberto Quieto, apresado en situación confusa y que la organización condenaría a muerte en ausencia⁸³. Paralelamente, el

82. *Ibid.*

83. Este desprecio por la vida humana, incluso la de los propios cuadros, es evidente en las palabras de Firmenich en una entrevista de 1981: «Nosotros hacemos de la organización un arma, simplemente un arma, y por lo tanto, sacrificamos la organización en el combate a cambio

intento de Montoneros de encarnarse políticamente como la genuina opción peronista a través de un partido político, el Peronismo Auténtico, dio magros resultados: en las elecciones gubernativas de la provincia de Misiones, en abril de 1975, solo consiguieron el 5% de los votos, frente al 46% del FREJULI.

La opción armada es acompañada del correspondiente desarrollo teórico. En un borrador preparado para el Congreso Nacional de la organización en 1975 se plantea de manera clara la opción marxista-leninista de Montoneros con la adición local del peronismo. Por primera vez, además, se refieren los modelos e influencias teóricas de la organización. La primera tesis que se sostiene es que la práctica es la fuente principal del conocimiento. A diferencia del ERP, a quien critican por arrancar por el estudio teórico de la situación de conjunto, la línea correcta para «conocer a fondo un hecho, objeto o situación [es] tomar contacto directo con el mismo y tratar de modificarlo según nuestros intereses y objetivos»⁸⁴. La praxis revolucionaria es precedente a cualquier consideración teórica. Esta precedencia, que conlleva una clara postura teórica, suena a un mero intento de justificación de la elección de la praxis por sobre la teoría en la que ya se había volcado Montoneros. De ahí el segundo axioma, que establece que no se toma como propia ninguna tesis que no se haya incorporado, desarrollado o apropiado a través de la propia experiencia. Si el foquismo de Debray o los desarrollos de Ho Chi Minh, Giap y demás ejemplos de la experiencia vietnamita o china son válidos en relación con las experiencias revolucionarias de aquellos países, no necesariamente sirven al desarrollo de la guerra revolucionaria en la Argentina, que tiene sus peculiaridades, entre ellas que ya cuenta con un partido obrero en el Movimiento Peronista. No es necesario entonces postergar la acción armada hasta disponer de un partido obrero –como hizo el PRT-ERP–, sino que la preexistencia del peronismo permite saltar la etapa.

Es por eso que, como afirma el punto siguiente, «la identidad

del prestigio político. Tenemos cinco mil cuadros menos, pero ¿cuántas masas más? Este es el detalle». (en GILLESPIE, *Soldados de Perón... cit.*, p. 351).

84. «Documentos para el Congreso Nacional», en BASCHETTI, IV, p. 345.



política de nuestra Organización no se deduce de ningún sistema de ideas filosóficas o científicas, sino que surge de la afirmación y continuidad histórica de las luchas antiimperialistas y antioligárquicas de nuestro pueblo»⁸⁵. La conciencia antiimperialista del pueblo argentino se formó en las luchas montoneras del siglo XIX, y se continuó en las experiencia histórica del peronismo⁸⁶. Si Montoneros reconoce en el materialismo histórico «el principal aporte teórico para comprender al sistema capitalista y sus mecanismos económicos, sociales y culturales de explotación»⁸⁷, lo hace desde la peculiar perspectiva de la experiencia única e irrepetible del peronismo. El peronismo es la encarnación nacional de la eterna lucha contra la injusticia social. Pero hoy es evidente que la forma más elevada de la lucha contra la injusticia, de la lucha de clases, es la lucha armada. Lucha que se da necesariamente en el marco de la lucha continental contra toda dominación imperialista, pero, y esta es una particularidad que se repite en Montoneros, «sin plantear un continentalismo a priori de la lucha revolucionaria sino sobre la base de los procesos nacionales, sus particulares condiciones de posibilidad y sus ritmos específicos»⁸⁸.

El vuelco a la militarización montonera va de la mano de degradación continua y paulatina del gobierno peronista, asediado por el terrorismo y la crisis económica, poniendo en primer lugar de la realidad política la casi segura intervención de las Fuerzas Armadas y, de esa manera, empujando al enfrentamiento directo entre

85. *Ibid.*, p. 351.

86. «En nuestro país hay una experiencia política unificadora del pueblo: el Peronismo. [...] El Peronismo es la identidad política abrumadoramente mayoritaria de las clases populares, lo mismo que el antiperonismo era y sigue siendo (aunque bajo formas disimuladas) la ideología común a todas las fracciones y sectores de las clases aliadas al Imperialismo. [...] Y la cuestión de fondo es que en nuestro país la opción genérica por el campo de los explotados, la opción de lucha contra la injusticia social se convierte, si se la expresa en la práctica, en una opción política muy clara: la opción por el peronismo». *Ibid.*, p. 357.

87. *Ibid.*, p. 353.

88. *Ibid.*, p. 370.

las fuerzas de seguridad del Estado y las revolucionarias. El golpe militar se produce el 24 de marzo de 1976; el llamado Proceso de Reorganización Nacional, encabezado por el General Jorge Rafael Videla, queda con las manos libres para encarar la lucha antisubversiva sin los frenos del régimen legal⁸⁹. Montoneros lanza en respuesta la Cuarta Campaña Militar, que apunta a atacar de manera directa a las Fuerzas Armadas, al centro de gravedad del enemigo. Además de los habituales asesinatos de jefes militares y policiales se puso una bomba en el comedor de Coordinación Federal, en julio, que provocó más de veinte muertes policiales y un profundo rechazo en la opinión pública.

Los años siguientes, que no detallaremos, ven a Montoneros ya alejados del Movimiento Peronista y embarcados en la guerra revolucionaria por el socialismo. La etapa de liberación nacional como paso previo desaparece del discurso. Fuera del peronismo organizado, Montoneros se presenta como movimiento propio, el Movimiento Peronista Montonero, compuesto por el Partido Montonero y su brazo armado, el Ejército Montonero. Planteado como movimiento con amplia base de masas, en realidad está solo conformado por militantes guerrilleros, y adolece del vicio de la conducción vertical, centralizada en el Primer Secretario Firmenich, que provoca críticas y escisiones en las diversas columnas. Cerrado en su sueño militar, Montoneros se aísla cada vez más de las bases, que están expuestas a las detenciones y muertes, mientras la conducción, en medida muy discutida, resuelve instalarse en Roma en 1977. Desde allí se planeará la campaña de desprestigio de la dictadura, el boicot al Mundial de fútbol de 1978, y la malhadada Contraofensiva de 1979, desastroso intento de generar una escalada terrorista acompañada de una amplia movilización popular y sindical. La operación no pasó de algunos asesinatos y bombas, y significó, por una parte, numero-

89 La represión se inició en el marco de normas legales, como el Estado de Sitio, declarado en noviembre de 1974, y una serie de decretos que culmina en el N° 2772, de octubre de 1975, que faculta a las Fuerzas Armadas a hacer todo lo necesario para aniquilar a la subversión. Las bajas en la Tendencia fueron cuantiosas: en 1977 las bajas ya llegaban a 2.000 militantes, y en 1978 a 4.500, según cifras proporcionadas por GILLESPIE, *Soldados de Perón...*, cit., p. 366.

sas bajas en tropa y jefes, además de no haber logrado participación obrera. Como consecuencia adicional, muchos jefes comenzaron su feroz crítica a la conducción, que derivó en separaciones y juicios revolucionarios. Montoneros terminó su historia –que se hizo efectiva recién en 1990– entre la disgregación, el militarismo más irracional, la falta de realismo y un insensato triunfalismo⁹⁰.

8. Conclusiones

Hasta aquí hemos esbozado un panorama de las ideas políticas que condujeron el accionar de Montoneros, la guerrilla peronista más importante de la década de los 70. Si bien la organización continuó su andadura con posterioridad al golpe de Estado de 1976, consideramos que el cauce principal de sus ideas ya estaba prácticamente agotado en ese punto; el cierre de la experiencia al seno del Movimiento Peronista los convirtió en una organización político-militar más, desgajada de referencias históricas y sociales propias, enfrentada a las fuerzas de seguridad del Estado. Pero esta experiencia montonera, a la hora de reflexionar sobre su trascendencia, nos deja con preguntas, o más bien paradojas, a considerar.

En primer lugar, Montoneros fue la convergencia de una serie de líneas, la mayoría provenientes del catolicismo renovador de los 60 y del peronismo posterior a 1955, que encontraron en la lucha armada la herramienta y en el socialismo el objetivo de su accionar. Pero, ¿permite este dato inducir que Montoneros fueron verdaderamente representativos del peronismo y de la clase obrera? Ellos lo vieron así; se percibieron a sí mismos como la vanguardia de un nuevo avatar del peronismo, aquel que estaba destinado a superar las limitaciones de las concepciones originales –comunidad organizada, tercera posición– y proyectarlo a la construcción del verdadero socialismo nacional, antiimperialista y anticapitalista. Pero esta autopercepción los puso frente a un obstáculo que, teóricamente,

⁹⁰. La conducción extrañamente calificó la catastrófica derrota que significó la Contraofensiva como un gran éxito, ya que se había logrado hacer pie nuevamente en la clase obrera, se había demostrado la debilidad del gobierno y la potencia de la fuerza militar de la Organización.

fueron incapaces de advertir en el inicio. No necesariamente la clase obrera, el movimiento y el líder debían verlos y reconocerlos como la vanguardia. De hecho, Perón avaló su accionar en una actitud claramente utilitaria: una vez que las «formaciones especiales» le resultaron innecesarias y un estorbo para la construcción de poder de su proyecto político, prescindió sin remordimientos de ellas. En relación con el resto del movimiento, está claro que la Tendencia, que aglutinó a todos los sectores revolucionarios, especialmente los juveniles, se encontró cada vez más sola dentro del movimiento, hasta finalmente ser expulsada o autoexcluirse. Habían pasado 18 años desde el derrocamiento de Perón, pero la estructura del movimiento no había sufrido una renovación tan profunda como para que estos sectores pudieran conducirlo. Desprovistos de un proyecto genuinamente político, solo les quedaban las armas.

Algo similar se produjo en la relación de la organización con la clase trabajadora. En los planteamientos ideológicos de Montoneros, así como también lo vimos en el caso del ERP, operó una idealización de la clase obrera como sujeto de la historia. En esta abstracción, la clase trabajadora era percibida como un todo compacto, con una sola alma y un solo ideal: la construcción del peronismo, del socialismo nacional. Pero, como toda abstracción, como todo «pensamiento mágico», incurría en el grave error de descuidar la realidad. Y la realidad era que la clase obrera era una amalgama de individuos, grupos y sectores, con sus intereses reales y concretos, que no estaban predispuestos a abandonar todo en aras del sacrificio último de luchar con las armas. Y, en todo caso, la clase trabajadora peronista reconocía en Perón su conductor, su vanguardia. Mal podían ver en estos jóvenes de extracción mayoritariamente de clase media, universitarios y profesionales, sus guías.

Como punto aparte, es destacable que las raíces católicas que marcaron sus primeros pasos les confirieron un aura mítica, un sentido mesiánico que, a la vez que proporcionaba un cierto rostro humano a sus acciones, atraía a sectores que normalmente no consideraban la violencia y la muerte como herramientas políticas. Su misión parecía trascender los estrechos marcos de la política, especialmente de la política liberal, cargada de intereses y disputas. Con el tiempo, este componente empieza a desaparecer de la praxis y del

discurso, reemplazado por el frío materialismo histórico. Solo queda el peronismo como elemento simbólico y emotivo como vínculo de unión con las masas.

Acá se presenta otra de las contradicciones, común a la gran mayoría de las guerrillas argentinas de aquellas décadas. En el fondo, no dejaban de ser mayoritariamente grupos de intelectuales burgueses obsesionados con la idea de hacer la revolución. No se puede negar que, en el auge de los movimientos populares radicales de fines de la década de 1960 y comienzos de la siguiente estos sectores tuvieron un poder de seducción y arrastre inmenso, y su acción fue clave en la inestabilidad política y social; pero se encontraron frente a la realidad de ese sujeto muchas veces opaco que era la clase obrera. Es por eso que Montoneros, mientras más se percibían y definían como la vanguardia esclarecida y más aseguraban estar en contacto y representar al proletariado, es cuando más ajena se les empieza a hacer la clase trabajadora.

Hay un vicio recurrente que implica el recorrido que parte desde la voluntad revolucionaria para, luego de la instancia teórica, volver al punto de partida. Siempre se arranca de un primer convencimiento, que en estos casos tiene gran deuda con un espíritu de época esencialmente crítico, de que solo la transformación violenta de la sociedad puede establecer estructuras de justicia e igualdad. De aquí proviene luego la búsqueda y desarrollo de herramientas teóricas que funden y justifiquen la certeza original. Es allí cuando el materialismo histórico marxista-leninista, acompañado de sus variedades teóricas e instrumentales locales –las experiencias china, cubana y vietnamita son las más habituales–, aparece con su aparataje especulativo casi como única herramienta ideológica para fundar el anhelo revolucionario. Y ese instrumental es el que luego vuelve a impulsar, ya comprobada teóricamente, la praxis revolucionaria. En el discurso montonero, como en el de las otras organizaciones, esto aparece comúnmente disfrazado de planteos como el que establece que la práctica precede a la teoría y, lógicamente, ilumina la praxis. Pero eso nos autoriza a preguntarnos si el ejercicio teórico que se ha hecho tiene algún sentido más allá de la justificación de la propia praxis. Fuera de ello, solo queda la voluntad revolucionaria. Que nos lleva de nuevo al párrafo anterior: el imperativo revolucionario

obliga a la militarización que, en el caso montonero y en general, aísla a la organización del sujeto histórico revolucionario, del pueblo al que se dice conducir.

Dejamos para el final una última singularidad, extensiva a todas las guerrillas de la época pero especialmente patente en Montoneros. En su lucha antiimperialista y anticapitalista, accionaron contra todas las instituciones republicanas que, de una u otra manera, formaban parte importante de la tradición política argentina. Luego de ser derrotados por las armas que concebían como única vía de acceso al poder, fueron no obstante a refugiarse en un elemento clave de la institucionalidad republicana liberal: los derechos humanos. Se vio entonces el raro caso de que aquellos que querían destruir el Estado capitalista recurrieran al mismo en defensa de sus derechos vulnerados por la dictadura. No solo eso; pasado el escollo del juicio a los guerrilleros cabecillas, condenados y luego indultados, fueron capaces de penetrar en todos los rincones de la intelectualidad y del Estado argentino. Especialmente en las últimas dos décadas, y de la mano de un gobierno que buscó reinstaurar la mística de los años 70 como vía de legitimación política, ex militantes fueron reconocidos, aplaudidos y premiados con cargos públicos. Su historia fue sutil y hábilmente reescrita, para presentarlos a las nuevas generaciones como luchadores por la libertad y los derechos contra la dictadura, olvidando que sus planteamientos revolucionarios no hacían, a la larga, distinción entre regímenes legítimos e ilegítimos: todos eran la misma cara del capitalismo imperialista que se buscaba destruir.